



G. Stahl del.

Seg. P. Chardet esc. de v. J. B. Goussier. Paris.

Cook. sc.

SANTA CECILIA.



L 17 de Diciembre de 1854, visitando el *Transtevere*, barrio de Roma que yace á la márgen derecha del Tiber, detúveme ante los restos del Puente *Palatino*, tambien llamado *Ponte rotto*, porque lo está y mucho, en efecto. Radiante y puro estaba el cielo, y la atmósfera con aquella transparencia propia sola de templados climas, que hace tan gratos los paisajes de la campiña romana, prestándoles vigor y firmeza á los contornos de las montañas, y destacando con fuerza del fondo azul del celage los perfiles de las gigantescas obras del arte. Cuanto me rodeaba, edificios y ruinas, vegetacion y accidentes topográficos, todo me traia á la memoria las vicisitudes de Roma, desde el Rey Evandro hasta el Pontífice Pio IX.

Alzábase á mi espalda el *Monte Janiculo*, donde diz que el padre *Jano* tuvo su choza; donde Anco Marcio, cuando Rey de Roma, hizo edificar una fortaleza para proteger la navegacion del Tiber; donde el Principe de los Apóstoles fué crucificado, cabeza abajo, de orden de Neron; donde murmura la Fuente de *Paulina*, cuyas aguas corren para llegar á ella doce leguas por acueductos que son otros tantos arcos triunfales; donde en fin

el 3 de Julio de 1849, desde la cumbre de la *Villa Pamphili* brilló á los ojos de Roma, un momento republicana, la espada de la Francia entonces tambien efimera república, como en otros tiempos la de Breno, para pesar decisiva y funestamente en la balanza de sus destinos. Casi á mi fuente contemplaba el Velabro, lugar ocupado veinticinco siglos ha por el pantano en que fueron expuestos Rómulo y Remo; la embocadura de la *Cloaca Maxima*, maravilloso monumento levantado por los Tarquinos, y desafiando aun al tiempo y las revoluciones; mas lejos, el gracioso Templo de Vesta con sus columnas corintias de mármol blanco; y terminando el cuadro por aquella parte, el Monte *Palatino*, cuna de Roma, y durante largos años su brillante tumultuoso centro. Allí los cinco primeros Monarcas de Roma tuvieron, á imitacion del buen Evandro, sus modestas chozas; allí después moraron los tribunos, los oradores y los capitanes de la república, los Gracos y los Clodios; Catilina y Lucio Craso, Hortensio y Ciceron y Marco Antonio; allí tambien se edificaron los Césares un palacio, tan extenso como una ciudad, y del cual nos quedan imponentes y pintorescas ruinas al pié de los Jardines de Farnesio, y de la Villa Palatina.

A mi derecha tenia el Puente *Sublicio*, donde el ejército de *Porsenna* fué por el heroico valor y magnánima abnegacion de Horacio Cocles detenido; y que muchas veces reedificado, pero mas destruido, solo cuando las aguas del Tiber descenden notablemente deja ver de su antigua existencia algunos informes vestigios. Tambien á la misma parte cae el Monte Aventino, célebre como refugio del famoso *Caco*, el semi-dios de los ladrones, y mas justamente famosa por haber muchas veces servido de asilo y ciudadela al pueblo en sus desavenencias con el Senado. Hoy es la mas desierta de las *Siete colinas*: mas en sus buenos tiempos cubriéronle bellos edificios, magníficos templos y soberbios palacios. — A mi izquierda se miraban los Puentes de Graciano y de Fabricio que unen el resto de la ciudad con la Isla del Tiber ó de San Bartolomé; en lontananza, en fin, el *Capitolio*, sangriento nido de aquellas Aguilas que tendian su vuelo sobre la tierra toda haciendo presa en Reyes y Pueblos, y regresaban á la ciudad eterna altivas, triunfantes y con los despojos del enemigo entre sus garras.

Aquellos nombres y recuerdos de tantas glorias y tantos siglos; aquellos

monumentos de una elegante civilizacion, y aquellos ruinosos, mutilados edificios; aquel azulado cielo y aquel sol radiante que sobre mi cabeza se sonreian; aquel puente, en fin, mal seguro, desde cuyo pavimento contemplaba yo el desigual precipitado curso del Tiber, hablábanme de las cosas humanas en un extraño lenguaje, que en ninguna otra parte me fué tan comprensible, mostrándome bajo su mas sorprendentes aspectos el móvil cuadro de este mundo con el cual seres y cosas elévanse para caer, y renacen para morir de nuevo, siempre renovándose y no rehaciéndose nunca. Parecíame ver salir de su tumba, y desfilar ante mí, á las generaciones que sobre aquel teatro representaron la prodigiosa tragedia de su historia: primero los compañeros de Rómulo luchando con los moradores del Lacio; luego la plebe abanderizada por sus ambiciosos tribunos; después aquellos patricios que orgullosos oprimian al propio pueblo y el universo dominaban á fuerza de valor y de genio; en pos los Procónsules con los laureles por sangrientos crímenes mancillados, y las vencedoras manos por el pillage infamadas. Resonaban en mis oidos la dura imperiosa voz de los amos juntamente con los ayes de sus esclavos á las canteras arrancando el mármol para edificar palacios á sus tiranos y á si mismos cárceles; el estrépito de las marchas triunfales; el fragor de las civiles contiendas; el tumulto de las asonadas pretorianas al hacer y deshacer los Césares; los lamentos y sollozos de Roma saqueada por los Bárbaros sus vencedores, en justa venganza del universo por las Aguilas humillado; el inmenso funeral crujido, en fin, de aquel vasto imperio, al desplomarse sobre sus propios cimientos con la sangre y las lágrimas de todos los pueblos amasados.

Tantas y tales vicisitudes, tan trágicos acontecimientos, llenábanme de tristeza, y al contemplar aquella amalgama de grandezas y crímenes, de glorias y padecimientos, desbordaban en mi alma irresistibles melancólicas emociones:

Sunt lacrymæ rerum, et mentem mortalia tangunt.

Apartándome, en fin, no sin trabajo del *Ponte rotto* y su magnífico pintoresco panorama, tomé la primera calle que á mi izquierda comenzaba, cerca del lugar donde se vió largo tiempo el sepulcro de Numa Pompilio por el Tiber en sus crecidas insultado, como nos dice Hora-

cio (1); pocos centenares de pasos habria caminado cuando noté, á mi mano derecha, un gran patio en cuyo fondo se deja ver una iglesia, ocupando el sitio en que segun es fama estuvo en otro tiempo el templo de *Furrina*, especie de diosa cuyas funciones hasta el erudito *Varron* mismo confiesa que no conoce á punto fijo. Como quiera que sea, lo cierto es que en el tercer siglo de nuestra Era, ocupaba la casa de la jóven patricia *Cecilia*, el sitio que hoy la iglesia bajo su advocacion consagrada; iglesia que, excitando mi curiosidad al pasar ante sus puertas, visité en el acto con el mas vivo interés, tomando notas que reproduciré aquí, después de referir la sencilla cuanto patética historia de la hermosa bienaventurada.

Durante el primer tercio del siglo III de la Era Cristiana y bajo el cetro de los Emperadores Septimio y Alejandro Severo, floreció *Cecilia*, nacida de nobles padres, y en cuya ascendencia figuran, entre otras ilustres matronas, *Caya Cæcilia Tanaquila*, esposa de *Tarquino Prisco*, á la cual Roma en muestra de su profunda estimacion y para eterno ejemplo de su sexo erigió una estatua en el Capitolio; *Cæcilia Metella*, hija de *Metello el Dalmático*, muger primera de *Emilio Scauro*, y después de *Sila*, sobre quien ejercia tan notoria influencia, que en cierta ocasion creyó el pueblo conseguir por su intercesion, y pidióselas en efecto públicamente, la gracia de los desterrados secuaces de *Mario*, que el terrible Dictador rehusaba obstinado; y finalmente la segunda *Cæcilia Metella*, hija de *Metelo el Crético*, esposa de *Craso el Triumvivo*, y cuyas cenizas reposan en el magnífico sepulcro que aun hoy ostenta, sobre la *Via Apia*, su extensa base cuadrangular, su cilindrico elegante cuerpo, y las almenas con que fué coronado trece siglos después de su fundacion, al convertirse en 1299 en fortaleza para aquellos tiempos inexpugnable.

Prolijo fuera nombrar todos los Cónsules, Dictadores, Generales y Pontífices que durante la república ilustraron los linages de los *Cecilios* y de los *Metelos*, juntando en ellas á los lauros militares el decoro de las mas

(1)

Vidimus fluvium Tiberim, retortis
Littore etrusco violenter undis,
Ire dejectum monumenta regis
Templaque Vestæ.

Horacio. Lib. 1º, oda 2ª.

altas magistraturas. Tambien bajo el Imperio obtuvo con frecuencia los honores del Consulado la antigua noble raza *Cecilia*, como lo acreditan *Cneio Cecilio Simplex* y *Cecilio Clásico*, á quienes las *Haces* del consulado cupieron en suerte respectivamente imperando *Vitelio* y *Trajano*: ninguna, empero, de las enumeradas glorias por grandes que se las juzgue, ninguna alcanzará ni en los recuerdos ni en el corazon de los hombres tan preeminente lugar, como lo merece y logra la memoria de *Cecilia*, virgen y mártir, por la Iglesia universal venerada en público imperecedero culto.

Hemos dicho el linage de *Cecilia*, cuyos padres no habian abierto los ojos á la luz del Evangelio, aunque ya en sus tiempos eran grandes los progresos del Cristianismo en Roma: pero probablemente no creian tampoco en los dioses, ya que en el resto del Imperio largo tiempo hacia estaban completamente desacreditados. Ya en el siglo III no creian las gentes sensatas en las divinidades crapulosas y malvadas, con que la imaginacion de los poetas poblara el Olimpo, y que si existencia real tuvieran y hoy viviesen, no podrian dar un solo paso en la Europa culta, sin caer en manos de los tribunales y ser, cuando menos, á la deportacion sentenciados. Sin embargo ni los filosofos, ni los jurisconsultos, ni los políticos de aquella edad tenian ideas distintas y positivas de la Divinidad: antes por el contrario sobre no estudiar profundamente la cuestion, lo poco que de ella sabian era tan confuso como incierto. Sin embargo observábanse las prácticas exteriores de la religion pagana, y los gobernantes procuraban conservar por medio de la fuerza brutal lo que ya carecia de raices en la conciencia pública; porque, en efecto, así que doce pobres pescadores de la Judea, repartiéndose el mundo entre sí partieron resueltos, con la mas pura fe en los corazones y la oracion siempre en los labios, á notificar á los falsos dioses que su tiempo era ya pasado, vacilaron los ídolos en sus ya desprestigiados altares, y abandonándolos comenzaron á desaparecer cobardes. Asombrado de una proscripcion de tan bajo origen y cuyos efectos en la suprema altura se hacian sentir terribles, desenvainó el Imperio la espada, aquel formidable acero que tantos tronos habia destrozado, y con sus sangrientos destellos á tantos pueblos aterrado; y con él descargó feroz despiadados innecesarios golpes sobre millares de hombres inermes,

de flacas mugeres, de tímidas vírgenes, jóvenes y bellas, puras é inofensivas como la luz del alba, santas y suaves como la oracion. ¡ Inútil crueldad! La revolucion que estaba entonces en la sociedad operándose no era de aquellas que, afectando solo intereses, pueden con el filo de la espada contenerse, sino el advenimiento de un principio por Dios mismo enviado á conquistar el mundo. Por eso sucumbió al cabo, reduciéndose pronto sus sectarios á un corto número de filósofos, y á los mas extrañas al movimiento civilizador entre los campesinos (1). Poco mas tarde el Emperador Juliano, vistió el luto por la muerte del antiguo culto, á cuyo cadáver dieron por sudario los sofistas de la época, algunos fragmentos de ampulosas disertaciones.

No nos dice la historia á influjo de quien renunció la jóven Cecilia al error en los pechos de sus padres arraigado, para adoptar la fe de Cristo y consagrarse á Dios por su amor y el de la pureza, en un siglo en que el libertinage todo lo habia invadido, todo con su crápula lo infestaba. Acaso alguna de sus abuelas, tal vez su nodriza, iniciaron á la jóven patricia en los misterios de la Religion sublime que de dia en dia iba aumentando sus prosélitos en Roma, hasta contarlos ya en el seno mismo de la imperial familia. Por ternura ó por indiferencia los padres de Cecilia no se opusieron en manera alguna á su vocacion; y ella consagraba al nuevo culto su corazon tan por entero, que incesantemente atesoraba en él la intuicion de las cosas celestes, pudiendo decirse de ella como de los primeros cristianos, que en sí llevaba siempre el libro santo de los Evange-

(1) Sabido es que el culto de los falsos dioses tomó entonces el nombre de *Paganismo*, precisamente porque ya no contaba con fieles sectarios mas que entre la poblacion rural, entre los labradores ó aldeanos llamados en latin *pagani*, de *pagus* que vale tanto como cortijo, lugar, ó *pago*, segun todavía se llama á ciertos sitios rústicos en España. Es notable que la parte mas retrógrada del Imperio se compusiera de dos elementos tan heterogéneos como los filósofos, por una parte, y lo mas ignorante é iliterato del pueblo, por otra; y no lo es menos que, si hoy encuentra apologistas la obstinacion pagana, es entre los que se dicen mas partidarios del Progreso. (N. del A.)

El ilustrado autor de la Biografía de Santa Cecilia, nos permitirá que le observemos, que en la nota precedente confunde á los filósofos con los sofistas de la antigüedad, así como en lo moderno á los hombres del progreso con los de las paradojas y de las utopias. No entramos en el fondo de la cuestion, pero forzoso nos ha sido protestar, aunque de paso, contra un aserto que tiende á inculpar gravemente la escuela político-filosófica á que pertenecemos. (N. del T.)

lios. Los divinos oficios celebrados en las tumbas de los mártires enseñáronle los peligros que amenazaban á los confesores de la Fe: el culto tributado á la Virgen María, hizole conocer el alto precio en que el Cristianismo estima la castidad de los sentidos como la pureza del espíritu. Familiarizada, pues, con la idea del martirio, Cecilia habia ofrecido á Dios no aceptar nunca ningun mortal esposo.

Mas los padres de la santa doncella sin curarse de sus votos, ó quizá no comprendiéndolos, eligieronle por esposo á un varon llamado Valeriano, que tenia un hermano por nombre Tiburecio. Atendida la constitucion de la familia pagana, difícil si no imposible le fuera á Cecilia sustraerse, sin notable escándalo, á la voluntad de sus padres y al apasionado ardor de Valeriano: hubo pues, siguiendo prudentes consejos, de recurrir á medios entonces prescritos por la Iglesia, y de que los cristianos se valian siempre cuando en circunstancias críticas hay conflicto entre las exigencias sociales y los mas altos intereses del alma. Bajo la púrpura y el oro de su externo traje, vestia la vírgen el duro cilicio, á fin de acrecer las fuerzas del espíritu mortificando el cuerpo, y de atenuar con el sufrimiento los seductores atractivos del placer que de ordinario nos tiraniza á los hijos de Eva. — Pediale además á Dios Cecilia que iluminase su conciencia y su valor alentara; porque nunca como en las ocasiones en que el miedo y la incertidumbre asaltan, sienten las criaturas la necesidad que tienen de invocar el auxilio de aquel poder supremo que los destinos del orbe rige.

Llega por fin el dia en que el dichoso Valeriano va á ser dueño de la mano de Cecilia: todo es júbilo en el palacio de sus padres; clientes y libertos de las dos familias que se enlazan, ocupan en apiñada muchedumbre el vestibulo y hasta la via pública refluyen; los amigos y los parientes penetran en el atrio y llegan á la basilica ansiosos de felicitar á los novios, y de saludar en su union la esperanza lisongera de ver continuarse en ambas ilustres prosopias en una progenie digna de ellas. Incomparablemente bella estaba Cecilia, realzados los encantos de su hermosura y juventud — solos quince años tenia — con los galanos aunque sencillos atavios de desposada; porque, en efecto, segun la antigua severidad de las antiguas costumbres romanas, tradicional entre los Cecilios, vestia nuestra heroína una modesta blanca túnica, sin adornos ni

guarniciones, sin lujo alguno, como las que, al decir de Plinio, hilaba por sus reales manos la ilustre Caya Cecilia (1). En seis trenzas repartidos, y con ellas en la parte superior de la cabeza formado un rodete á manera de torre, por un ramo de flor de sándalo coronada, los cabellos de la novia tocábanla al uso de las Vestales, como para mostrar que del gremio de las vírgenes iba á despedirse; un velo color de amarillenta llama, cubria su lindo rostro, en torno de él ondulante, cual ligera trasparente nube: y no estará de mas que digamos primero que esa parte del traje de las desposadas era copia del de la *Flaminica Dial*, sacerdotisa de Júpiter, á quien estaba vedado el Divorcio; y en segundo lugar que del rito de velar á las vírgenes para casarlas, procedió el nombre de *Nupcias* (2) dado á las bodas de los patricios.

Cecilia, hasta entonces extraña á los paganos ritos, tuvo en aquel dia que someterse á ellos en la apariencia al menos; primero á la ofrenda del vino y de la leche, aunque la virgen volvió á otra parte los ojos por no verla; luego á que, rota, en señal de union y alianza entre los contrayentes, una torta de harina de flor, fuera su trémula mano enlazada con la de Valeriano, en presencia de entrambas familias y de los diez testigos que la ley exigia para la validez del matrimonio aristocrático ó por *conferracion*. Todo, pues, parecia consumado: pero en verdad la esposa de Cristo acababa de dar el último paso para la fe que prometida tenia peligroso.

Al caer el dia fué, segun la antigua costumbre, conducida la ya esposa al hogar doméstico, á la mansion de Valeriano, sita en la region trastiberina de Roma, y en la *Via Salutifera*, precisamente donde hoy se levanta la Iglesia de Santa Cecilia, modesto edificio que viendo desaparecer en torno de sí palacios y termas, pórticos y templos, orgullo un tiempo de aquel barrio de la ciudad eterna, consérvase por la sangre de la mártir consagrado, como para proclamar al través de los siglos la inmarcesible gloria de su fidelidad al Crucificado.

(1) Plinio: *Hist. Nat.* Lib. 8, cap. 74. Todos los pormenores siguientes están tomados fielmente de los diversos Autores que tratan de las ceremonias del Matrimonio romano, y de los cuales puede verse un interesante análisis en la obra de M. Ch. Dezobry, titulada *Roma en el siglo de Augusto*, tomo 3º

(2) De *Nubere*, velar, viene *Nuptiæ*, bodas.

(N. del A.)

Precedido de algunos libertos con autorchas encendidas en las manos, procede el acompañamiento de Cecilia, atravesando la compacta bulliosa muchedumbre que ya aplaude batiendo las palmas, ya prorrumpe en jubilosos gritos, y ya entona alegres cantares, hasta la casa nupcial, en cuyo pórtico, ornado de blancos paños y de verdes floridas guirnaldas, detúvose Valeriano, preguntando á Cecilia: — « ¿Quién eres? » — La virgen entonces, conformándose al rito, respondióle — « *Donde tú Cayo, seré yo Caya!* » — Tal era le fórmula usada y necesaria entre los que al desposarse se constituian reciprocamente herederos; y conviene, para que bien se entienda, recordar al lector de que *Cayo* en ella, queria decir *señor*, amo de la casa, jefe de la familia; y la novia al llamarse *Caya*, declarábase por consiguiente igual y compañera de su esposo, comprometiéndose al propio tiempo á vivir con él en íntima union, é indisoluble lazo diríamos, si el divorcio no fuera en Roma tan frecuente y fácil. Mas, volviendo al asunto, es de advertir que en el caso que referimos, la respuesta de la desposada debió conmover mas que en los ordinarios al auditorio como á los contrayentes, pues la pronunciaban los labios de una virgen descendiente de la ilustre *Caya Cæcilia*, tan venerada como dijimos en Roma, y de quien, como acabado tipo de las domésticas virtudes de sus matronas, procedian así la tal fórmula, como la costumbre de vestir la novia una simple túnica blanca de lana. Nuestra cristiana Cecilia procuraba, empero, imitar á mas perfecto modelo, ateniéndose á la bellísima descripción de la Muger fuerte, que habia en la Sagrada Escritura encontrado; y presto iba para Valeriano á ser un hecho evidente en su esposa realizado, aquel oráculo divino que dice: « Son la fuerza y la gracia sus atavíos; y en su hora postrera verásla sonreír. — Abrióse su boca y habló por ella la sabiduría: la ley de la caridad sale de sus labios. — Levantóse su esposo y colmóla de alabanzas. »

Iba Cecilia ya á hollar con su lindo pié, de elegante coturno color de azafran calzado, los umbrales del conyugal domicilio, ó mas bien de pisar su dintel hacia el amago, cuando, segun la costumbre, suspendiéronla levantándola por los brazos sus acompañantas, y así en vilo la llevaron hasta dentro del atrio, al son de melodiosas flautas que armónicas acompañaban